



Soñar los relatos: mi experiencia como documentadora de la Comisión de la Verdad desde México

Diana Patricia Caro Naranjo

Docente, actriz en colectiva *Ojibrotadas*, integrante de Colectivo por la Paz en Colombia desde México COLPAZ, patricia.nanacar@gmail.com.

Maldición

*Te perseguiré por los siglos de los siglos.
No dejaré piedra sin remover
Ni mis ojos horizonte sin mirar.
Dondequiera que mi voz hable
Llegará sin perdón a tu oído
Y mis pasos estarán siempre
Dentro del laberinto que tracen los tuyos.
Se sucederán millones de amaneceres y de ocasos,
Resucitarán los muertos y volverán a morir
Y allí donde tú estés:
Polvo, luna, nada, te he de encontrar.*

María Mercedes Carranza

Tomé mi último testimonio en Ciudad de México. Si recuerdo bien fue en noviembre del 2020. Ese año tan duro para todas (en el todas está el todos, hablaré en femenino). Faltaba menos de un mes para regresar a Colombia. Ya no eran las vacaciones, ya no era ir y venir; era retornar. En México estuve tres años, dos de estudio y uno más de trabajo y culminación de la tesis. Estuve en México, pero habité Colombia desde siempre como un laberinto del que es muy difícil salir o como un encuentro constante e inevitable.

Un mes después de llegar a México, en 2018, conocí COLPAZ¹ a través de María Isabel Mazo, una mujer vital en este proceso. Ella nos abrió camino para que sucedieran las entrevistas, sin ella, definitivamente, no hubiese sucedido. Ya conocía el país, sabía la ubicación de las víctimas o migrantes que son víctimas no reconocidas por el Estado. Gracias a ese conocimiento y a ese trabajo de años reconociéndose entre ellas el informe de exilio en México aportó al informe final.

Ahora pienso en lo que solemos decir quienes investigamos o nos gusta la investigación: es importante, a veces, mirar desde afuera el contexto. Cuando escucho esa sugerencia “mirar desde afuera” me hago una imagen de mí misma, quizá muy ambiciosa, pero es la imagen que construyo en mi cabeza: estoy de pie sobre esa representación del país, miro, estupefacta, veo “desde afuera”.

Con esa última toma de testimonios y la cercanía del regreso se me desataron las ansiedades. Soñaba, como una reproducción de los relatos del último año, con habitaciones bañadas en sangre en las que yo resbalaba y caía. Mis sueños eran gritos de desamparo, y al despertar estaba la rabia. ¿Qué hago con la rabia? Me pregunté tantas veces, con la respiración entrecortada, llamando por teléfono para pedir ayuda o sorbiendo un té al lado de un amigo con el que viví la despedida de un país que, con toda su violencia, me ayudó a dimensionar mucho más la violencia del “mío” (así, en posesivo, como si Colombia me perteneciera).

¹ Colectivo por la Paz en Colombia desde México COLPAZ.



O más que ayudarme, me empujó al abismo inevitable de nuestra historia. Porque para evitar lo que pasa en Colombia hay que ser, no sé, de la familia de Sarmiento Angulo. El resto, la gran mayoría, no tenemos de otra. Estamos destinadas a la verdad. O lo que pretendemos llamar la verdad, o al intento de construir la verdad. También nos corresponde defender la verdad. Y no porque los esfuerzos no sean suficientes para construirla, sino porque la maquinaria de muerte trabaja sin descanso para destruir esa posibilidad. Eliminarla. No solo con la presión del gatillo, sino también con el tiempo y los recursos que se destinan para trabajar por los temas relacionados con la Historia, la memoria, la comprensión del conflicto armado, antes, desde el cincuenta, después del cincuenta, hasta ahora. A la élite política y económica del país no le importa y tampoco le conviene.

¿Qué hice con la rabia que me dejó tomar testimonios? Con esa rabia me peleé en la calle de Ciudad de México, grité que soy colombiana, me tomé muchos mezcales, lloré sobre las baldosas de la cocina del departamento en el que vivía, pinté en círculos, hablé con psicólogas, vi series hasta el cansancio, hasta el sinsentido. Retrasé mi tesis con la rabia y luego descargué la rabia en la tesis, que era, precisamente, sobre la guerrilla de las FARC. La rabia también la viví en colectivo, en los encuentros, en los desahogos con las amigas que también tomaron testimonios, con Sofi, con Pao, con Mari, con Lina, esta última desde la distancia, desde la Comisión. Compartimos la impotencia, porque eso queda, una impotencia enorme.

Visité familias, nos recogimos en las lágrimas, lloraron juntas, lloramos juntas. Comimos arepa, nos reímos y hablamos de lo difícil que es conseguir un buen chicharrón al estilo colombiano en Guanajuato, en la belleza de los paisajes desérticos de México, en la nostalgia por el agua de los ríos, por los paseos de olla, por las visitas a los charcos, sobre todo lo que roba el desplazamiento adentro y afuera, más allá de las fronteras, en la tranquilidad que da el anonimato.

Emergieron las culpas y los señalamientos al interior de las familias, las cargas de los hechos, la nostalgia. Hablamos sobre los amores clandestinos, sobre la huida hacia las selvas, sobre el amar en Colombia y el amar en México, sobre los choques culturales. Conocí jóvenes que se imaginan este país a través del relato de sus madres; jóvenes que son mexicanas, que son colombianas o que nunca lograron ser de alguna parte.

Con todo esto la ansiedad también me sobrevino, me envolvió, se desató con la misma furia que yo cargaba. Hablé con adultas, con adultos, con niñas y con niños del pasado en un mismo espacio, en el presente. Me entregaron sus imágenes, tan violentas, inconmensurables. Recoger testimonios me quebró. Yo también fui esa niña, yo también, yo también. Eso gritaba en mis sueños.

No me arrepiento. Es solo que después de muchos años sintiéndome fuerte, sintiendo que era capaz de todo, no fui capaz de nada. Solo de tirarme para que quienes me amaban me recogieran. Ser documentadora durante doce meses cambió mi fuerza y mi sensibilidad. Me hizo más frágil, más humana, menos ciudadana colombiana y más sujeta de otra parte. Lo hablé repetidas veces con la psicoanalista: el lugar del que vengo me obliga a mirar parte de lo monstruoso y eso me angustia. Me obliga porque es la gente que amo la que está metida en la guerra. A los ojos he mirado el amor y el miedo.

Con la Comisión no todo fue sencillo. Al igual que en el campo de la memoria hubo disputas, expectativas no cumplidas, acuerdos que requirieron largas negociaciones. Hubo cansancios, encantos y desencantos, toma constante de decisiones. Aciertos y desaciertos, incapacidad para comprender los lugares de las unas y de las otras. *Fuimos*. Estuvimos siendo, como cuando se vive, sin saber muy bien cómo, y asumiendo las consecuencias de esa incertidumbre que subyace a los grupos humanos.

Ahora en Colombia miro el trabajo que recae sobre la imagen de Francisco de Roux y la abrazo. Quisiera darle un abrazo a él en algún momento, y así como hice en México durante la formación para entrevistadoras, agradecer el trabajo que hacen, a cada una. Se los agradeceré siempre, aun sintiendo que las instituciones deben revisar profundamente sus modos de hacer las cosas y con críticas que el tiempo y las condiciones del país nos posibilitará enunciar sin darle fuerza a los oportunistas que han ostentado el poder. La Comisión no es la excepción, pero gracias. ¿Gracias por qué? Porque esto acá en Colombia está muy duro, es tan difícil, sin regodearme en una sensación lastimera, es evidente, se siente, yo lo vivo. Está difícil.

Soy una mujer joven, letrada, que pudo ingresar a la universidad, me fui del país; con mucho esfuerzo, con el apoyo incondicional de mi familia. Puedo decir: tengo herramientas para aportar

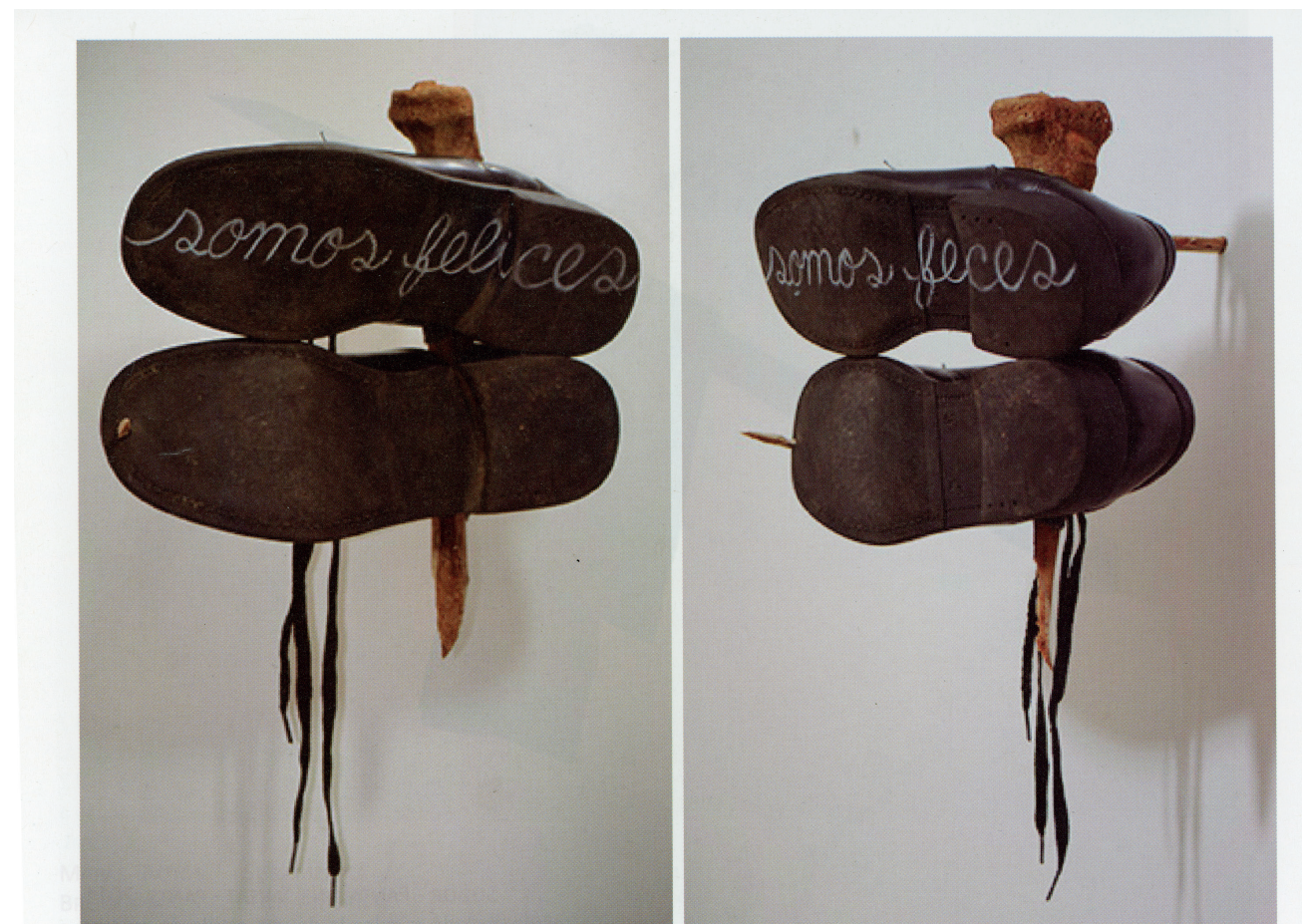
a la comprensión de lo sucedido. “Herramientas”, esa palabra que me gusta tanto, que yo tanto uso. Luego de las herramientas está mi estómago, que se estremece cada vez que, después de ser documentadora, escucho un testimonio. Yo lloro, lloro mucho cuando repaso alguno de ellos o leo uno nuevo. A veces no puedo escucharlos o leerlos.

Y no digo esto para afirmar, insisto, que no ha valido la pena. Solo que entre más cambia mi cuerpo, entre más viajo y me canso y disfruto, es más doloroso, porque más amo. Me pregunto ¿Es este vacío en el estómago al que tanto le tememos cuando hablamos de conocer lo que ha sucedido, de mirar y oír esas fronteras *éticas transgredidas*? Imaginen lo peor que puede llegar a pasarles. No sé, imaginemos, por ejemplo, el secuestro de una hija, o una huida que parece ser infinita por la oscuridad y la bravura del océano. O llegar un día a la finca y encontrar a las personas que amas tendidas en el piso con un tiro en la frente, o en el pecho. Cuerpos que no son *los cuerpos de las cifras*, son las personas que amas, las que te criaron, las que te apoyaron, las que te amaron.

Todo esto y más ha ocurrido en Colombia. Todo eso lo recogimos. **Es imposible volver a ser igual.** Pero me aferro a este dolor y a esta tristeza. No rechazo nada. Confío en que somos un eslabón, una posibilidad para pensar sobre lo que hemos sido. Sí, para no repetirlo, para no serlo otra vez *nunca más, para no seguirlo siendo*. Si eso pasa, entonces habrá valido la pena.

Gracias.

Medellín, Colombia. 30 de agosto de 2021. 🇨🇴



Dibujo sobre papel atascado a pañal.

Imagen a abstracción.

CURACA. 2011